

Rafael Reig

LO QUE
NO ESTÁ ESCRITO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

TUSQUETS
EDITORES

RAFAEL REIG
LO QUE NO ESTÁ ESCRITO

Estaba esperando a que Carlos viniera a por el chico para irse al trabajo. Siete años después, las aguas habían vuelto a su cauce y Carmen ya ni recordaba cómo habían llegado tan lejos, hasta la demanda de divorcio, las medidas provisionales y la prohibición de que el padre viera a solas a su hijo. Se le había ido de las manos, se había dejado llevar por la abogada, pero había sabido rectificar. Al final, con el tiempo, habían reconstruido una relación nueva basada en lo único que tenían en común: para los dos lo más importante era el bienestar de Jorge. Carlos siempre sería el padre de su hijo. Puede que hubiera sido el peor de los maridos, pero ahora hasta ella misma reconocía que era un buen padre. No había más que ver a Jorge. Durante la última media hora había ido cuatro veces a hacer pis.

—¿Nervioso?

—¿Yo? Pero qué dices. Es que he bebido demasiado zumo.

Ese viernes no había instituto y su padre se lo llevaba los tres días de acampada, hasta el domingo por la tarde.

—¿De qué tienes miedo? ¿De los lobos?

—Muy graciosa. Es que me parto. Ja, ja y ja. En el Guadarrama no hay lobos, para que lo sepas.

—Siempre hay un lobo —dijo Carmen cuando sonó el telefonillo—. Ese es tu padre, ábrele la puerta.

Al verlos a los dos juntos, se sintió orgullosa. Lo habían hecho bien, las cosas como son. Al principio había sido difícil y el niño sufrió mucho. Sólo tenía siete años. Intentó suicidarse. O quizá sólo estaba pidiendo auxilio, como afirmaba la doctora Cuétara, pero lo hizo sentado en el alféizar de la ventana del salón, con los pies hacia el lado de fuera, desde un quinto piso. Tuvo que visitar a la psicóloga durante quince meses, en la clínica del doctor León. Y había que verle ahora en cambio, un chico alegre de catorce años, casi tan alto como su padre, y feliz, aunque con tendencia a engordar. Lo habían hecho bien, muy bien, por qué no iba a decirlo y a sentirse orgullosa.

—Un momento, se me han olvidado las pilas de re-
puesto —recordó de pronto.

—Date prisa, mamá, que perdemos el tren.

Volvió de la cocina con las pilas para la linterna y salió al descansillo a despedirlos, dejando la puerta abierta.

—No nos llames —advirtió Carlos—. Estaremos fuera de cobertura. Ya te iremos llamando cuando podamos.

—¿Y Yolanda? ¿No va con vosotros? —preguntó Carmen.

—Tiene trabajo, no creo que pueda —explicó Carlos.

—Vamos los dos solos —declaró el chico con satisfacción mal disimulada.

Yolanda era la nueva pareja de Carlos. O no tan nueva, porque era su antigua novia, una alumna a la que abandonó cuando conoció a Carmen, igual que dejó el colegio en Los Molinos y empezó a trabajar en el museo.

Carmen sólo la había visto un par de veces, hacía tiempo, y le daba cien patadas: era demasiado joven, casi

llamativa, una pazguata. Pero era su vida y Carlos tenía derecho a vivirla como le pareciera. Además, a Jorge se le veía muy contento. Esa mujer era de un pueblo de la sierra y su familia tenía una cabaña en mitad del monte, un antiguo refugio de guarda forestal. Jorge y Carlos iban a acampar una noche en la montaña y luego irían a aquel refugio.

—Ten cuidado con el lobo feroz.

—¿Qué lobo? —preguntó Carlos.

—Es que mamá se cree muy graciosa.

—Cuida a mi hijo, Carlos —no pudo evitar decirselo.

Le dio un beso a Jorge y los vio descender juntos, el padre y el hijo, encerrados en la caja acristalada del ascensor.

Vistos desde arriba las cabezas parecían dos piedras de río lanzadas hacia el fondo de un pozo, cada uno con su mochila a la espalda.

Ninguno de ellos alzó la vista hacia Carmen. Su hijo comprobaba el cinturón de herramientas, del que colgaban una linterna, una cantimplora, una navaja suiza, una brújula y una soga de cinco metros enrollada.

La puerta de la casa comenzó a cerrarse, debía de haberse dejado alguna ventana abierta. Tuvo que correr para no quedarse encerrada fuera, sin llaves ni móvil, y sin los papeles que necesitaba. Era una enorme puerta blindada que pesaba como un muerto y le golpeó en el codo, pero consiguió entrar.

Entonces fue cuando vio el manuscrito encima de la silla del recibidor. Carlos debía de haberlo dejado allí mientras ella iba a por las pilas. Estaba encuadernado en canutillo y serían poco más de doscientas páginas. Entre

la primera y el plástico de la cubierta había una hoja suelta con una nota escrita a mano: «No es ningún compromiso, ya tengo editor (Cosmos). Sólo quiero que tú lo leas. Carlos».

Así que por fin lo había logrado, había escrito la novela de la que siempre hablaba, la que tal vez les había costado a los dos su matrimonio y la que tal vez lograría redimir la vida de Carlos.

Antes de meter el manuscrito en la cartera, sólo tuvo tiempo de mirar un par de páginas al azar y el título: *Sobre la mujer muerta*.

Acabáramos: otra policiaca. El problema con las policiacas era ya mucho peor que la falta de originalidad: cada vez se vendían menos. Si alguien lo sabía era Carmen, que era subdirectora comercial del grupo Osiris, con ocho sellos editoriales, desde infantil a ensayo, pasando por dos de novela y uno de poesía, Galatea, donde había conseguido que se publicara en 2002 *La luz azulada*, la obra poética de Carlos Mendoza, entonces su marido. Se vendieron 57 ejemplares. Al fin y al cabo era un libro de poemas y la poesía no se vende, pero da prestigio. Lo peor fue que, aunque se enviaron 110 ejemplares a «prensa y personalidades», sólo apareció una minúscula reseña en un periódico de provincias. Nadie se dio por enterado. Ante un fracaso tan rotundo, se preguntó si la nota de Carlos sería menos amable que rencorosa. Tal vez sólo quería decirle: esta vez no te pido nada, ya me las arreglo por mi cuenta, muchas gracias.

Por la mañana tuvo dos reuniones seguidas y a las dos y media tenía una comida con el jefe de compras de una cadena de supermercados, el poderoso señor Ortigosa. Fueron en el coche de su jefe, el director comercial, Mi-

guel Caturla, con quien Carmen mantenía una relación intermitente que a ambos les parecía muy europea, casi escandinava: higiene sexual sin complicaciones sentimentales; expectativas limitadas y explícitas, cero exigencias; puro nervio, sin gota de grasa.

Así lo veían ellos y así se lo decían el uno al otro.

El día era otoñal, parecía que aún estuvieran en septiembre. Miguel iba de traje gris. Carmen llevaba una blusa de manga corta y un traje sastre de un azul tenue y dubitativo. Dobló la chaqueta con el forro hacia fuera y la dejó en el asiento de atrás. El bolso lo apretaba sobre los muslos, como si quisiera protegerlo o protegerse.

—¿Qué te ha pasado?

—Ah, eso. No es nada. Me di contra una puerta —respondió Carmen contemplando el moratón que le había salido en el antebrazo, casi a la altura del codo.

—Ya. Claro. Contra una puerta, ¿verdad? ¿No es eso lo que siempre dicen las mujeres maltratadas? —bromeó Miguel.

Al salir del coche hacía frío, estaba cambiando el tiempo y volvía a ser noviembre.

Tuvieron que esperar al poderoso señor Ortigosa durante quince minutos. Y total ¿para qué? Sólo quería más descuento, un diez por ciento más. Y tuvieron que dárselo, a pesar de que Carmen dudaba que valiera la pena: el margen en el libro de bolsillo ya era estrecho y ella no creía que el volumen de ventas de Ortigosa compensara el descuento.

—¿Nos tomamos el resto de la tarde libre? —propuso Miguel Caturla.

—Sí, pero por separado.

—De acuerdo. Te llamo el fin de semana.

Así era su relación escandinava, parecida a la visión más favorable que cada uno tenía de sí mismo.

Se despidieron en la puerta de la editorial. En su despacho, Carmen ordenó su mesa y le echó un vistazo al manuscrito. Tenía una dedicatoria: «Para C.M., *in memóriam*».

Había que ser cabrón. C.M. era ella, por supuesto: Carmen Maldonado. *In memóriam*, como si estuviera muerta. Pero qué cabrón. ¿Qué había querido decir? ¿Que para él era como si ella ya estuviese muerta? Y el título ¿qué significaba entonces? ¿Acaso era ella la mujer muerta? ¿No sería una amenaza? ¿Una venganza, tantos años después?

Sobre la mujer muerta. Podía entenderse en dos sentidos: acerca de una mujer muerta o por encima de ella, sobre el cadáver de una mujer. ¿Por encima de su cadáver? Qué pedazo de cabrón. Lo acababa de recordar, cuando apretó el interruptor para apagar la luz de su despacho. Eso era lo que ella le había respondido cuando Carlos le pidió que le dejara ver más a menudo a Jorge. «Por encima de mi cadáver, ¿me oyes? ¡Por encima de mi cadáver!»

Hacia el norte, entre los picos de la sierra, se levantaban nubes grises. El viento era frío.

Había metido en la cartera los datos para el informe trimestral, pero ya sabía que no iba a terminar el trabajo. Tenía que leer la maldita novela de Carlos. Cuanto antes. «Quiero que tú la leas», había escrito él. Tú. ¿Por qué ella?